

EL ENIGMA TUNGUSKA

ANTONIO LAS HERAS



www.investigacionabierta.com
www.nowtilus.com

Serie: **Nowtilus Frontera**
Colección: **Investigación Abierta**
www.nowtilus.com
www.investigacionabierta.com

Título de la obra: **El enigma Tunguska**
Autor: © **Antonio Las Heras**

Editor: **Santos Rodríguez**
Colección ideada por: **Fernando Jiménez del Oso**
Responsable editorial: **Teresa Escarpenter**

Diseño y realización de cubiertas: **Opalworks**
Diseño de interiores: **David Borreguero**
Producción: **Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)**

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Editado por **Ediciones Nowtilus, S.L.**
www.nowtilus.com
Copyright de la presente edición:
© **2006 Ediciones Nowtilus, S.L.**
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 MADRID

ISBN10: 978-84-9763-290-4

Libro electrónico: primera edición

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
Capítulo I – 30 DE JUNIO DE 1908, EN TUNGUSKA, SIBERIA OCCIDENTAL	27
ALGUNAS DECLARACIONES INQUIETANTES	35
NUESTRA PRIMERA BOMBA DE HIDRÓGENO	47
EN BUSCA DE UNA SOLUCIÓN	57
UN EXTRAORDINARIO HALLAZGO: LOS SISMOGRAMAS	59
CURIOSO CONTRASENTIDO	60
HIPÓTESIS ATÓMICA: ¡CONFIRMADA!	66
LA ANTIMATERIA	67
LA CLAVE DUERME EN LOS ÁRBOLES	69
VENUS Y UNA INQUIETANTE COINCIDENCIA	74
¿UN NUEVO CUERPO CELESTE?	78
Capítulo II – LA VISIÓN DE KASANTSEV	81
Capítulo III – LOS SUCESOS DE OCTUBRE DE 1976	93
Capítulo IV – EL LEGAJO ARQUEOLÓGICO	103

Capítulo V – ENIGMÁTICA DESTRUCCIÓN DE SODOMA Y GOMORRA	131
LA BIBLIA CUENTA...	134
LAS HIPÓTESIS	136
EN LOS SENDEROS DEL PASADO	139
LOS MISTERIOSOS VISITANTES	145
¿ÁNGELES... O EXTRATERRESTRES?	146
¿SALVADORES... O EXTRATERRESTRES AGRADECIDOS?	148
RESUMEN DE UNA NOCHE	152
LA HIPÓTESIS DEL PROFESOR AGREST	154
LOS MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO	156
Capítulo VI – EL LEGAJO MARCIANO	161
¿EXPLOSIONES ATÓMICAS EN MARTE?	167
LAS EVIDENCIAS	168
EXTRAÑO INCIDENTE CON LA MARINER IX	174
Apéndice I – ¿UN PLANETA DESTRUIDO EN EL SISTEMA SOLAR?	185
Apéndice II – TEORÍAS SOBRE LA ANTIMATERIA	191
Epílogo – 72 HIPÓTESIS SOBRE LA EXPLOSIÓN DE TUNGUSKA	199
REFERENCIAS	219
BIBLIOGRAFÍA	223

*Nada ha sido descubierto finalmente, jamás,
porque no hay nada final que descubrir.*

CHARLES FORT

A la memoria de Alejandro Vignatti

Prólogo

HACE POCO MÁS DE UN AÑO, PARA SER MÁS PRECISOS EL 10 DE AGOSTO de 2004, la agencia EFE dio a conocer la noticia de que una expedición científica siberiana afirmaba haber hallado pruebas “*que confirmarían la exótica teoría de que el meteorito de Tunguska, el más grande que jamás haya caído en la Tierra, en realidad fue una nave espacial extraterrestre*”. Según un comunicado emitido por la Administración de la región rusa de Evenkia “*los exploradores de la fundación estatal siberiana Fenómeno Espacial Tunguska opinan que han encontrado elementos de un artefacto técnico extraterrestre*”. El director científico de la operación y presidente de la fundación, Yuri Labvin, expresó al respecto: “*hemos encontrado lo que queríamos*”, refiriéndose a las pruebas que necesitaba para sostener la hipótesis según la cual el 30 de junio de 1908 se estrelló un OVNI en Tunguska, en la región de Siberia.

Sergio Imbert, corresponsal de la agencia EFE en Moscú lo reseña así:

“Aquel 30 de junio de 1908, el fenómeno de Tunguska, llamado así por el río en cuya cuenca se produjo, causó una potente explosión equivalente a 500 bombas atómicas como la de Hiroshima, con una onda expansiva que arrasó 2.200 kilómetros cuadrados de bosques. Aquella explosión abrió uno de los grandes enigmas del siglo pasado que todavía suscita apasionadas discusiones de los científicos, aunque la versión más difundida señala que la Tierra fue alcanzada por un asteroide o un fragmento de un cometa. El fenómeno de Tunguska alentó más de 30 hipótesis y teorías de lo ocurrido. Las más exóticas hablan de la catástrofe de una nave extraterrestre, de un meteorito hecho de antimateria e incluso de un pequeño agujero negro que habría atravesado la Tierra.

La falta de cráter en el epicentro de la catástrofe, el hecho de que ninguna de las más de 200 expediciones hallase un solo fragmento del cuerpo celeste y la posición de los árboles, caídos al exterior del enorme círculo de 60 kilómetros y que quedaron en pie en su centro, demostró que la explosión se produjo sobre la superficie terrestre.

Los más de mil especialistas del Observatorio de Irkutsk, que observaron la caída del cuerpo celeste sobre la taiga siberiana, dejaron evidencia de las sorprendentes “maniobras” que realizaba el bólido a lo largo de su trayectoria, como si estuviera pilotado. La teoría particular de Yuri Labvin, quien dirigió esta última expedición, apunta a que el fenómeno fue originado por una nave interplanetaria extraterrestre que salvó a la Tierra de una catástrofe al destruir o desviar un cuerpo espacial que se dirigía hacia ella. Según el comunicado oficial, la expedición, integrada por 14 exploradores, geólogos y profesores y estudiantes de la Universidad de Krasnoyarsk, rastreó durante dos semanas un sector elegido en base a análisis de fotografías tomadas desde el espacio. En esta zona, cerca de la aldea Poligus en el distrito Baykit, a 500 kilómetros al oeste de los terrenos donde trabajaron expediciones anteriores, fueron detectados, según Labvin, fenómenos naturales anormales.

De acuerdo con el comunicado, los exploradores hallaron además una de las llamadas “piedras-reno”, mencionadas por algunos testigos presenciales de aquella catástrofe, y transportaron a Krasnoyarsk un trozo de esa roca, de 50 kilos de peso, para su análisis. Según el diario NEWSru.com, tras la conferencia celebrada en 1998 en Krasnoyarsk con motivo del 90 aniversario del fenómeno, Labvin mostró dos barras supuestamente compuestas de un metal desconocido que él habría encontrado durante una expedición anterior cerca del poblado de Vanavara, a 65 kilómetros de donde se produjo la explosión. “Los resultados de la expedición, según su director científico, permiten esperar que el misterio de aquel fenómeno cósmico sea desvelado sin falta para el centenario de la caída del meteorito de Tunguska”, citó la agencia Interfax. Ante este comunicado, el diario Utro.ru explicó irónicamente que ‘la palabra meteorito ya debe escribirse entre comillas, puesto que lo que explotó fue un OVNI’, y advirtió de que ‘a la zona recorrida por esa expedición ya preparan un viaje los ufólogos, animados por los nuevos hallazgos’”.

Este hecho constituye una puerta que abre la posibilidad a que las hipótesis que difieren de las más difundidas (que afirman que la explosión de Tunguska fue motivada por la caída de un meteorito, del fragmento de un cometa, o de un trozo de antimateria), sean atendidas. Este libro pretende justamente eso: plantear una alternativa que, tras largos años de estudio y basándonos en las pruebas recogidas por las investigaciones científicas, estamos en condiciones de exponer como la que se acerca más a la verdad de lo acontecido en Tunguska.

Hace veinticinco años leí las primeras noticias sobre ciertos y singulares sucesos acontecidos en las cercanías de la localidad de Tunguska, en Siberia Oriental. Desde ese momento me sentí fascinado por lo que aquellos relatos contaban.

Resultaba indudable que el 30 de junio de 1908 la actual Humanidad, a la que todos pertenecemos, había tomado contacto con un hecho de naturaleza artificial y de la cual no era madre.

Estábamos apenas en el comienzo del siglo XX y, bajo el impacto de los progresos tecnológicos representados materialmente por las nuevas maquinarias, casi no se reparó en que esa región del planeta estaba siendo escenario de una prueba singular. Sí, un experimento que sólo lograríamos poner en práctica más de tres décadas después. Alguien (o probablemente sería mejor decir: “algo”) estuvo moviéndose en los cielos de la helada Siberia, en la estepa rusa, soltando una carga mortal cuyos efectos todavía se aprecian en la actualidad. Más terrible que el de Hiroshima y Nagasaki, dos mil veces más poderoso y eficiente que el de la primera bomba atómica estadounidense, el hongo de Tunguska se elevó en el espacio encendiendo la mecha de la curiosidad, rápidamente extinguida por el olvido en que suelen quedar todas aquellas cosas que no pueden ser entendidas. Sin embargo, los científicos conservaron viva la inquietud por saber más de aquel extraño acontecimiento que hizo saltar las agujas de los sismógrafos ubicados en todos los continentes; un hecho inexplicable que mantuvo insólitas nubes sobre Eurasia, nubes luminosas, intensamente luminosas, que por espacio de setenta y dos horas permitieron a los incrédulos londinenses y a los asombrados parisinos leer sus diarios y tomar fotos en plena noche sin recurrir a la luz artificial.

Este suceso, realmente llamativo desde todo punto de vista, me interesó de tal manera que muy pronto comencé a estudiar las diversas posibilidades, a consultar a otros hombres de ciencia, a mis colegas.

En eso estaba cuando, en octubre de 1976, tuvo lugar un hecho comprobable que, a mi juicio, revolucionó la Historia de la Ciencia: *un grupo de estudiosos soviéticos, tras diecisiete años de pacientes investigaciones en la desolada región de Tunguska, llegó a la conclusión de que la explosión ocurrida el 30 de junio de 1908 fue de origen artificial... y de naturaleza atómica.*

Los tiempos están cambiando. Tampoco de esto quedan dudas ya. En un presente en el cual se pone en tela de juicio el desarrollo de las antiguas civilizaciones; en un momento en que los científicos ortodoxos comienzan a estudiar y dar validez a la presencia de vehículos extraterrestres dirigidos (VED) procedentes del espacio exterior, guiados por entidades inteligentes; en tan relevantes tiempos, la ciencia oficial admite que mucho antes de la invención de la bomba atómica se produjo la explosión de otra bomba de similares características. Por simple y llana deducción, dicha explosión se relaciona directamente con la presencia de un artefacto interplanetario dirigido mediante control remoto por tripulantes nacidos en otras partes del Cosmos, aunque esto último no lo sabemos con certeza ni estamos en condiciones de imaginarlo. Al menos, es ésta la única explicación que encontraron los estudiosos rusos ante el cúmulo de pruebas presentadas por sus propias investigaciones, para aclarar la índole de tan aterradora explosión.

Hasta aquí coincido con la hipótesis del trabajo presentado por este grupo de expertos reunidos en Moscú, así como con la de la expedición siberiana realizada en agosto de 2004. Disiento cuando esbozan la posibilidad de que el estallido hubiera estado motivado por la desintegración de un vehículo espacial como consecuencia de ciertos desperfectos o por causas imprevisibles que la nave sufrió encontrándose ya a baja altitud sobre la superficie terrestre. Mis estudios sobre el fenómeno OVNI (Objeto

Volante No Identificado), y más precisamente sobre los VED (Vehículos Extraterrestres Dirigidos), llevados a cabo coordinadamente con otros investigadores de distintas partes del mundo, me permiten concluir que estos aparatos extraterrestres no utilizan como medio de propulsión la energía atómica; sino que, por el contrario, han desarrollado un método mucho más eficaz y avanzado, el electromagnetismo, cualidad que permite al vehículo obtener un campo de gravedad propio que se extiende incluso más allá de los límites físicos del aparato. En homenaje a la verdad, dentro del campo de la ovniología esto no representa ningún descubrimiento. Ya a mediados del Siglo XX, prestigiosos investigadores del fenómeno OVNI, como el ingeniero francés Aimé Michel, llegaron a la conclusión de que los entonces denominados “platos voladores” debían estar propulsados por un mecanismo que nos es desconocido. Al poco tiempo, los estudiosos hablaban del “electromagnetismo”, una de las pocas fuentes energéticas capaces de proveer al VED de los medios necesarios para sus asombrosos desplazamientos, tanto dentro de la atmósfera terrestre como en el espacio exterior, donde han sido observados por astronautas norteamericanos y rusos.

Es éste un valioso punto en el análisis de la problemática OVNI. También a mediados del siglo XX el capitán francés René Plantier, sin haber oído jamás hablar de máquinas extraterrestres y mientras se encontraba destinado en Indochina, enunció la hipótesis de que el extraño comportamiento de los vehículos procedentes de otros mundos solamente puede ser explicado en virtud de la formación de un campo gravitatorio propio del aparato. Para ello se requiere de una fuente de energía electromagnética y no de propulsión atómica.

Si Einstein estuvo en lo correcto cuando enunció su teoría del campo unificado —y todo parece demostrar que así es—, entonces trabajando sobre el magnetismo es probable llegar a dominar la gravedad, porque para el genial sabio tanto ésta como el magnetismo eran una misma cosa.

Tomemos un breve párrafo escrito por Aimé Michel, donde explica brevemente la teoría del capitán Plantier: *“La experiencia diaria nos enseña que todo objeto privado de su punto de apoyo cae hacia el centro de la Tierra: es la manzana de Newton. Se llama gravitación a esa fuerza que hace caer la manzana. Supongamos que, gracias a algún descubrimiento, cuya posibilidad apenas podemos ver por ahora, se llega a dominar esa fuerza, a anularla, a dirigirla, a multiplicarla mediante la voluntad. ¿Qué ocurriría?”*

1°. *Bastaría con dirigir esa fuerza hacia arriba y hacerla más intensa que la atracción terrestre para que un objeto que estuviera allí colocado volara, o más exactamente cayera hacia arriba.*

2°. *En lugar de caer hacia arriba, se podría, orientando la fuerza, obtener una caída en cualquier dirección.*

3°. *El aire que rodea al objeto, arrebatado en el campo de fuerza, seguiría al objeto en su trayectoria. El objeto no rozaría el aire. Por este motivo no se producirían calentamiento ni ruido (la bala del fusil silba porque roza el aire), ni el bang-bang transónico. He aquí cómo se explicaría el silencio de las descabelladas maniobras que se atribuyen a los discos voladores y su resistencia térmica aparentemente ilimitada.*

Más aún: los ocupantes de la máquina, arrastrados, llevados también por el campo de fuerza, caen con él. Así pues, ni son aplastados ni maltratados por las partidas, detenciones y bruscos virajes.

La teoría del capitán Plantier explica también las nubes que se forman, a veces, alrededor o sobre esas máquinas inmóviles. En la práctica, ella explica todo.”¹

Tiempo después, viviendo nuevamente en Europa, el capitán Plantier expuso su teoría directamente aplicada a los VED en su libro titulado *La propulsion des Soucoupes Volants*, editado en París. Quienes se encuentren preferentemente interesados por el tema de la propulsión de los vehículos de estos visitantes cósmicos, encontrarán en él una valiosa fuente de conocimientos.

Es así que, aproximadamente desde 1950 hasta el día de hoy, todos los estudiosos del tema OVNI coincidimos en que la propulsión de los aparatos en cuestión puede ser electromagnética o, en el mejor de los casos, *no es atómica*.

A través de su propio campo gravitatorio —imposible de crear por el momento con la tecnología actual, pero imaginable en el plano hipotético—, los VED logran efectuar dentro de la atmósfera movimientos que nos llenan de asombro: giros de noventa grados sin disminuir la velocidad, repentinas aceleraciones, velocidades superiores a los 40.000 kilómetros por hora, etcétera. Nada de esto podría ser factible sin que mediara un campo gravitatorio propio del objeto y, como hemos visto, para hacerlo posible la energía atómica es inútil.

Más todavía, desde hace treinta años las grandes potencias y las empresas aeroespaciales ensayan nuevos elementos de propulsión, habiendo descartado los atómicos por innumerables motivos. Este tipo de energía, que fue considerado una panacea tiempo atrás, está siendo paulatinamente

descartado. Por un lado aumenta los desequilibrios ecológicos, que ya son muy notables; por otro su manipulación es peligrosa. Además, los desechos radiactivos representan un problema no solucionado todavía. En resumen, los investigadores trabajan en la búsqueda de otras fuentes de energía capaces de propulsar las naves que, en el futuro, llevarán a nuestros hombres hacia las metas ambicionadas por los autores de ciencia ficción: las estrellas. Entre esas fuentes, el electromagnetismo figura encabezando la lista. Prueba de ello es que desde el año 2002 científicos del Centro Espacial Marshall de la NASA investigan la posibilidad de lanzar cohetes al espacio mediante el uso de electroimanes, es decir, energía electromagnética, porque, entre otras cosas, permitiría una reducción muy importante en el coste de los lanzamientos. Desde la creación en el año 2002 del primer tren de propulsión magnética, el Transrapid (construido por ingenieros alemanes en la ciudad china de Shanghai), la idea de poder contar en pocos años con naves espaciales que utilicen este tipo de energía se hace más factible.

He aquí, entonces, una parte de la teoría que trato de demostrar en este libro: *La explosión en Tunguska fue provocada deliberadamente por entidades extraterrestres inteligentes (EEI), quienes así efectuaron un ensayo de tipo atómico similar a los realizados en la remota Antigüedad de nuestro planeta y a los que tuvieron lugar en ese hermano que tenemos en el Cosmos al que llamamos Marte y en el satélite natural de la Tierra, la Luna.*

El interés que experimenté ante los conmovedores sucesos del 30 de junio de 1908 me permitió estudiar en profundidad y con la mente especialmente abierta otros hechos análogos que sucedieron durante la historia del planeta que habitamos. Fue así que observé cómo las referencias a explosiones de índole atómica eran abundantes; en particular cuando me

remontaba a la lectura de viejos libros sagrados pertenecientes a las más antiguas religiones. Quedaba tendida de esta manera una notable línea recta de semejanzas demasiado reiteradas para ser casuales.

Un sin igual parangón cayó sobre las descripciones obtenidas en aquellos textos, las recogidas por los sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki, las referencias al enigma de Tunguska y algunos sucesos producidos en la rojiza superficie de Marte y en el polvoriento suelo de la Luna. Desde el clásico hongo gigantesco, símbolo de la liberación del átomo y compuesto de nubes densas y de coloración sangre, hasta el polvillo blancuzco que minutos después de la explosión caerá como macabra lluvia radiactiva, sobre toda la extensión de la onda expansiva provocada por el artefacto detonado. Innegable. Las piezas encajaban como en un rompecabezas armado y desarmado cien veces por un niño. Artefactos voladores, ciudades devastadas por “*un objeto único cargado con la fuerza del Universo*” y... los bosques arrasados de la Siberia Oriental, cerca del caudaloso río Tunguska.

Pasé días y noches obsesionado con los sucesos que estaba entrelazando. Prácticamente no dormía, absorbido por la lectura y la investigación. Mis obligaciones cotidianas fueron quedando de lado. No me era posible concentrar la atención en otra cosa que no fueran las piezas de este inimaginable puzzle que trataba, afanosamente, de armar lo más rápida y lógicamente posible. En eso estaba cuando recordé un informe (guardado en los anaqueles de mi biblioteca) sobre una serie de extrañas observaciones realizadas por los artefactos estadounidenses *Viking I* y *Viking II* sobre la superficie del planeta Marte en los años setenta del pasado siglo.

También el Planeta Rojo, el señor de la guerra para los antiguos, ese cuerpo que llamó la atención de los hombres durante todas las etapas de la

Humanidad, fue escenario silencioso de la detonación de varias bombas nucleares. Las pruebas se encuentran a disposición de quien las requiera.

Diversos observatorios astronómicos, a través de los años, habían estado registrando estas detonaciones como sucesos inexplicables que “*se caracterizan por tener los mismos rasgos de una explosión atómica*”. Algo parecido ocurrió en la Luna. Desde los días de Galileo Galilei se observan en la superficie lunar, además de cráteres, circos y cadenas montañosas, extrañas luces, insólitos objetos que se mueven, formaciones y accidentes geológicos que desaparecen con inusitada rapidez, y muchos otros fenómenos extraños. Todo ello contribuyendo a conformar un panorama preciso dentro del misterio: los extraterrestres no solamente vienen a visitar la Tierra, sino a todos los cuerpos del Sistema Solar (cosa que, por otro lado, es lógica y razonable). Y he aquí la segunda parte de mi hipótesis de trabajo: *El Sistema Solar está siendo utilizado por seres provenientes de otros mundos como campo para ensayos atómicos.*

¿Cuál es el motivo? ¿Para qué querrán inteligencias que han superado la barrera atómica hacer pruebas de esta índole en sitios especialmente alejados de sus lugares de origen? Son buenas preguntas, merecedoras de una respuesta cabal que sintetizaré en una sola palabra: investigación. Podrían estar analizando la resistencia de los suelos, provocando sismos artificiales para concretar estudios geológicos especiales, etcétera. Al fin y al cabo también los terrestres provocamos sismos artificiales y sucesos por el estilo cuando, por ejemplo, tratamos de localizar petróleo. Por supuesto, un lector minucioso descargaría sobre mí una nueva pregunta: “siendo

cierto que ya no utilizan más la energía atómica, si ya la han superado, ¿por qué recurren a ella para sus ensayos científicos?” Como respuesta a esta cuestión, no hay que olvidar que nosotros tenemos bombas de hidrógeno, infinitamente superiores a las detonadas en Japón durante la Segunda Guerra Mundial y, sin embargo, continuamos experimentando con explosiones convencionales. Es decir, el hecho de que los extraterrestres tengan fuentes energéticas superiores a las atómicas no los inhibe a la hora de utilizarlas para determinados propósitos.

Para el físico bielorruso Matest M. Agrest, las narraciones bíblicas sobre la destrucción de Sodoma y Gomorra revelan un cataclismo de tipo atómico, como así lo expone en su artículo publicado en 1961 “Astronautas de la Antigüedad” (*Kosmonauty Drevnosty*). “*Estas ciudades —nos dice— fueron destruidas por una explosión atómica en tiempos bíblicos*”. Pero Agrest va más lejos, hasta un punto en el que su teoría entronca con la que aquí estamos exponiendo.

Ocurre que en ciertos puntos de la Tierra fueron hallados extraños fragmentos de compuestos vitrificados que contienen isótopos radiactivos en períodos llamativamente cortos. Estos restos han sido bautizados con el nombre de *tectitas* y tienen, de manera característica, formas aerodinámicas y suaves, como si se hubieran solidificado mientras estaban deslizándose por el aire, cayendo desde considerable altura. La composición química indica sílice para unas, isótopos radiactivos de aluminio 26 en otras y berilio 10 en un tercer caso.

Teniendo en cuenta que estos isótopos son de períodos cortos (ninguno sobrepasa los tres millones de años) se llega a la conclusión de que no han nacido en el período de formación de la Tierra, y por lo tanto deben ser

fruto de un *hecho* que los geólogos no están en condiciones de explicar. Es ante esta evidencia que el profesor Agrest enuncia su teoría, que en caso de ser correcta explicaría la presencia de las curiosas tectitas que se encuentran solamente en ciertos y determinados lugares del planeta. Dice Agrest: *“En una época lejana, pero histórica, una nave cósmica interestelar se aproximó a la Tierra. Al llegar a una distancia de treinta y seis mil kilómetros de altura, este artefacto aminoró su velocidad hasta limitarla a tres kilómetros por segundo con el objeto de convertirse en satélite artificial, y desconectando sus reactores comenzó a girar ya dentro de la órbita prefijada cuyo período era de veinticuatro horas. Entonces, con el auxilio de proyectiles que dirigieron sobre puntos muy precisos, los astronautas empezaron a estudiar la estructura geológica de la superficie de nuestro planeta. Es el choque explosivo de los proyectiles lo que ha producido las tectitas.”*

“Es así, según mi modo de ver —prosigue Agrest—, que el campo de tectitas que se encuentra en Libia, por ejemplo, sería producto de ese bombardeo o, en su defecto, del sistema de fruncido del vehículo espacial cuando los extraterrestres decidieron poner pie en la superficie terráquea...”

A través de las palabras del científico bielorruso nos encontramos, sin haberlo imaginado, ante una hipótesis de trabajo que avala la posibilidad de estudiar la morfología planetaria mediante la utilización de explosiones, algunas de ellas capaces de desarrollar un poder destructivo muy elevado.

Coincidimos con Agrest en que existe una intención por parte de los extraterrestres de hacer explotar bombas sobre la superficie de la Tierra y de otros planetas diferentes al nuestro. Y coincidimos, asimismo, en que las motivaciones que los impulsan a este tipo de actividades son de carácter netamente científico.

Cuando se supo la explicación que daban los rusos en octubre de 1976 para el fenómeno de Tunguska, muchos dijeron: “¡Menos mal que no cayó en un lugar habitado!” Es cierto, ¡qué catástrofe se hubiera producido de ser así! El astrónomo inglés Kirpatrick calculó que si “el proyectil cósmico” hubiese llegado a la Tierra cinco horas y cincuenta y siete minutos antes, habría pulverizado la antigua metrópoli de los zares, San Petesburgo. Sin embargo, como si hubiera sucedido un milagro, nada de esto ocurrió. El artefacto hizo explosión en una alejada región del planeta, casi sin medios de comunicación (y por ello escasamente habitada), donde afectó solamente a unos pocos y aislados pobladores, aunque terminó con la vida de miles de animales y arrasó una enorme cantidad de hectáreas boscosas.

Sin embargo, hasta ahora no se ha contemplado la posibilidad de que este suceso hubiese ocurrido en alguno de nuestros océanos. Es fácil imaginar que las consecuencias habrían sido incluso más terribles que la lisa y llana destrucción de una ciudad.

Grandes y terribles olas de decenas de metros de altura, similares a las que aparecen tras los maremotos, habrían arrasado las concurridas playas destruyéndolo todo a su paso, inundando las ciudades, reduciendo a escombros los impresionantes rascacielos.

Los barcos, sorprendidos en alta mar, se habrían hundido, convirtiendo el lecho marino en un gigantesco ataúd que escondería miles de vidas humanas, desaparecidas para siempre y que no pudieron saber qué estaba ocurriendo, dado lo repentino del fenómeno. Una visión apocalíptica.

Pero el desenlace habría sido peor si el sitio elegido para la detonación hubiera sido cualquiera de los dos polos terrestres. Porque, en ese caso, el

brusco aumento de la temperatura hubiese comenzado a derretir los hielos perpetuos, arrojando cientos de miles de litros de agua en los océanos. La consecuencia inmediata sería un aumento paulatino del nivel oceánico y una lenta inundación de casi todas las ciudades costeras del planeta.

Pero afortunadamente nada de esto ocurrió. La explosión tuvo el epicentro en una región inhóspita, prácticamente deshabitada, neutra en cuanto a posibles acontecimientos que produjeran cualquier tipo de perturbación posterior a la detonación. Es demasiada casualidad.

Y, sabemos, la casualidad no existe. La causalidad es lo que impera. Todo tiene un motivo. Si no hubo tal desastre fue, sencillamente, porque el *sitio donde se produjo la explosión estuvo previamente elegido. Por ellos. Por los visitantes extraterrestres que nos estudian, que nos investigan... Silenciosamente, sin entrar en contacto con nosotros.*

ANTONIO LAS HERAS

CAPÍTULO

I

30 de junio de 1908. En Tunguska, Siberia Occidental



*Si un científico dice que una cosa
es posible, está en lo cierto; ahora,
si dice que es imposible, se equivoca*

Arthur C. Clarke

VARIOS RÍOS IMPORTANTES DESEMBOCAN EN EL MAR DE KARA que, al final de su recorrido, se confunde junto con el Mar de Barents, el de Laptev y el de Siberia Oriental en el enorme y frío Mar Glacial Ártico. Uno de esos ríos es el Yenisei que, como si fuera un meridiano, cruza Siberia y se divide después en tres afluentes que reciben el nombre de Tunguska. Son el Alto, Medio y Bajo. En la zona donde el Yenisei da origen al Medio está ubicada una población que en 1962 no alcanzaba los cincuenta mil habitantes. Esta ciudad es Tunguska y se encuentra en Siberia Occidental. A pocos kilómetros de allí, el 30 de junio de 1908 tuvo lugar un hecho verdaderamente enigmático.

Era una madrugada clara en el verano recién iniciado. Los pocos y dispersos pobladores de la taiga siberiana ya habían comenzado sus tareas habituales, cotidianas, casi transformadas en ritos milenarios pasados de boca en boca, de generación en generación, de padres a hijos. El cielo estaba completamente despejado y los árboles que constituían el tupido bosque se hallaban detenidos en la magia del imponente paisaje. Hasta

ese instante todo era normal. Los relojes señalaban las siete de la mañana. A partir de ese momento, algunos cientos de seres humanos habrían de contemplar un espectáculo insospechado e inexplicable para aquellos tiempos.

De manera imprevista, una luz cruzó velozmente el firmamento con rumbo preciso hacia el noroeste, disminuyendo su altitud a medida que devoraba kilómetros. Como en todo lo que acontece inesperadamente, los testimonios difieren. Hay quienes, años más tarde, explicaron a las expediciones científicas que habían observado “*un objeto alargado de dimensiones colosales, cruzando el cielo a una sin igual velocidad*”. A partir de algunas descripciones accesorias podría deducirse que el artefacto tenía forma de torpedo, como los que utilizaron durante la Segunda Guerra Mundial los submarinos. Otros testigos aseguraron ver la caída descontrolada de una masa ígnea, acompañada de un resplandor nunca antes observado y que hubiera podido rivalizar con el Sol de mediodía.

Fuera lo que fuese, cruzó el firmamento a una velocidad que superaba los varios miles de kilómetros por hora.

Acto seguido se oyó una explosión fragorosa cuya onda expansiva se hizo notar en tres mil kilómetros a la redonda. En el epicentro de la misma, asombrados campesinos y cazadores nómadas advirtieron la formación de una gruesa columna de fuego que iba tomando cuerpo en aquel cielo sin nubes.

Momentos después la formación, hoy perfectamente explicable según la hipótesis de la explosión atómica, dejó al descubierto un hongo compuesto de una masa nubosa muy espesa que tardó bastante en desgajarse.



Inusual y muy poco conocido aspecto de los bosques de Tunguska, tal como son en la actualidad y en días del verano boreal. El follaje ralo crece, empero, lozano. Los árboles, constituidos por un único tronco alargado, se elevan buscando recibir la mayor cantidad de luz solar, de la ya por sí escasa que suele alumbrarlos. A poco de cumplirse un siglo de los enigmáticos hechos, pocos rastros quedan —todavía— visibles. Empero, la mirada atenta del investigador es capaz de hallarlos. Bajo ese suelo donde ahora crecen pequeños arbustos muy resistentes a las grandes amplitudes térmicas, permanecen datos que —alguna vez— esclarecerán definitivamente el misterio.



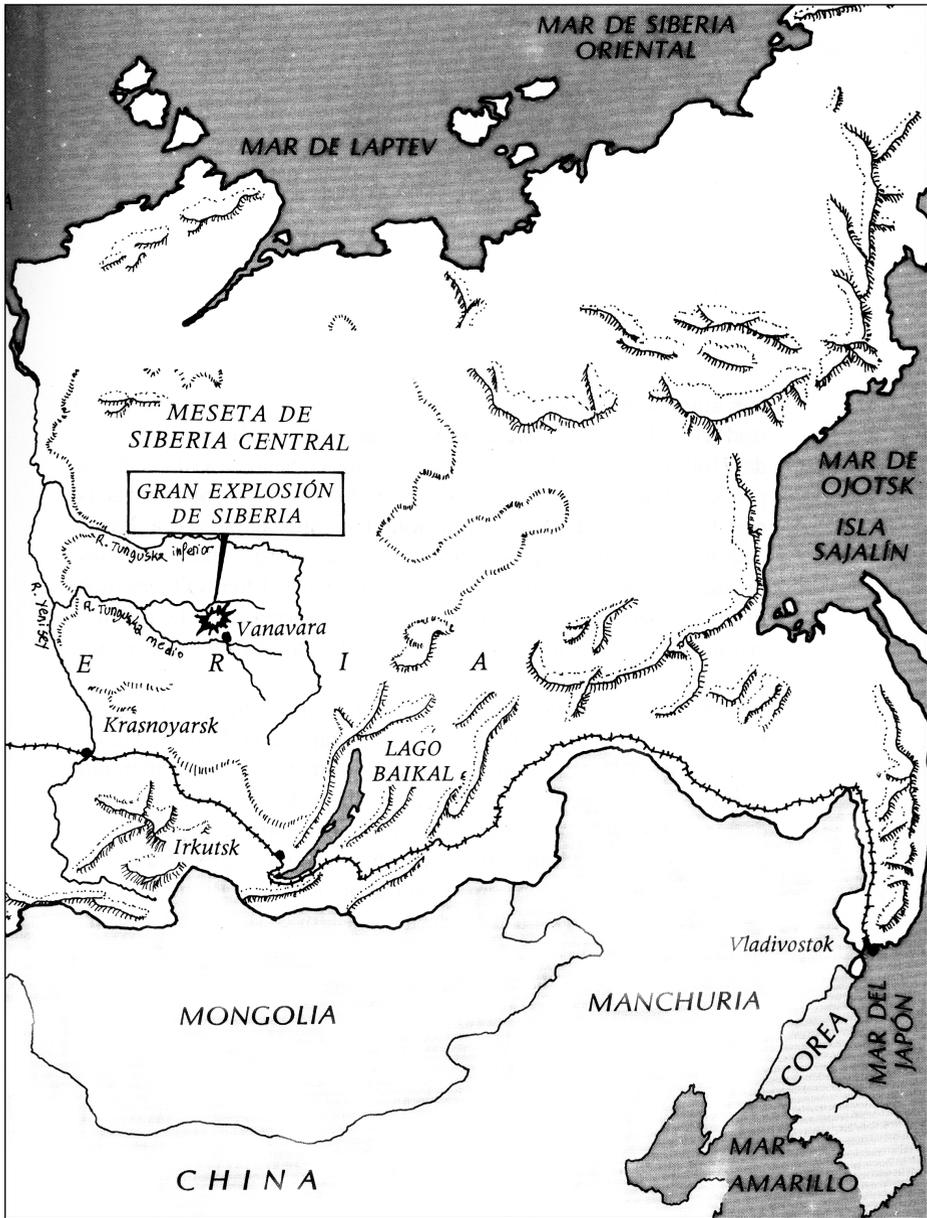
Entre la arboleda que hoy en día crece lozana todavía pueden encontrarse rastros concretos de lo ocurrido aquel 30 de junio de 1908. Este gigantesco tronco seco, semejante una curiosa y gigantesca araña, permanece en el mismo lugar donde fue arrojado tras la explosión. Al igual que todos los afectados en aquella ocasión, sus raíces apuntan hacia el norte; o sea, hacia el lugar de la explosión. No deja de resultar interesante advertir el hecho que ni el más mínimo musgo o algún tipo de hongo hayan utilizado el tronco para asentarse. Como un esqueleto en la escena de un crimen permanece aislado totalmente del resto de la Naturaleza.

Inmediatamente, un viento huracanado comenzó a soplar desde el corazón de la explosión, arrastrando violentamente todo cuanto encontraba a su paso: enormes piedras rodaron por doquier cual si fueran de cartón, las precarias casas desparramaban sus trozos en cientos de metros a la redonda, animales y personas volaban por los aires convertidos en horribles fragmentos. Algunos historiadores narran la versión de que en esos momentos el tren transiberiano cruzaba a unos pocos cientos de kilómetros del epicentro de la detonación, cuando fue arrebatado completamente de las vías, de manera que la locomotora y todos los vagones salieron volando y cayeron violentamente a varios metros de distancia, tras haber estado en el aire durante unos segundos. Además, a consecuencia del estallido se desencadenaron imprevisibles perturbaciones meteorológicas. La tierra parecía temblar.

Tal fue el poder desatado por la explosión que, en aquella época, se consideró inexplicable.

Estaciones sismográficas instaladas en todos los continentes acusaron el impacto. Las agujas saltaron de los aparatos. Los efectos más notables alcanzaron un radio de tres mil kilómetros, provocando una cadena de sismos. Tan tremendo fue el movimiento de tierra que en los lugares más alejados se registró hasta un mínimo de dos temblores. Incluso las arenas del Desierto de Gobi, en Mongolia, sintieron el estremecimiento.

De acuerdo con los datos recogidos y teniendo en cuenta los vastos alcances del desastre, es posible suponer que el hongo atómico creció hasta los ochenta kilómetros de altura sobre la superficie terrestre. De esta manera fueron formándose curiosas nubes que brillaban no con luz reflejada sino con luz propia, dentro de la gama de los colores verde, rosado y dorado. Así fue desarrollándose un panorama que, en muchos detalles, semejava al Apocalipsis.



Mapa donde puede verse la ubicación exacta del Enigma Tunguska en la región de Siberia situada, a su vez, en el continente asiático. A cientos de kilómetros de distancia, los pasajeros del tren transiberiano fueron sorprendidos por una fulgurante iluminación que los sacó de la monotonía del viaje. Los instrumentos de detección (precarios y casi elementales si se los quiere comparar con los utilizados hoy en el Siglo XXI) utilizados en los observatorios y laboratorios de toda Europa mostraron, claramente, el episodio.

La onda de expansión calórica provocó igualmente todo tipo de anomalías y desastres. Todos los metales se derretían en cuestión de segundos. Quienes utilizaban pulseras, collares u otros accesorios construidos con metales, vieron que estos se derretían sobre su propia carne, provocándoles dolorosas llagas de las que muchos de ellos no pudieron recuperarse, muriendo al poco tiempo.

El granjero Vassili llich estaba en ese momento a cuarenta y cinco kilómetros del epicentro de la explosión, descansando en el interior de su casa y dispuesto a saborear el delicioso té preparado en su samovar, cuando de pronto éste, en cuestión de segundos y sin que llich llegara a advertir nada fuera de lo común, quedó convertido en una masa amorfa aplastada sobre la colorida alfombra. Se había derretido. Instantes más tarde llegaban los incontenibles y feroces vientos huracanados que redujeron la granja a un informe montón de restos humeantes.

La explosión abatió todo lo que se hallaba erigido en una superficie de cinco mil kilómetros cuadrados, incendiando la totalidad de los bosques de la región. Sólo unos pocos árboles quedaron en pie; secos, sin hojas ni ramas. Parecían perdonados por una gracia del destino para que fueran testigos estáticos y mudos del infierno en que se convirtió la fría zona de Siberia abarcada por el estallido, aquella mañana del 30 de junio de 1908.

ALGUNAS DECLARACIONES INQUIETANTES

FUE EN 1927 CUANDO LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE MOSCÚ decidió enviar una misión científica (la primera) a develar el misterio de lo acontecido veinte años atrás en Tunguska.

Hasta ese momento todo era mera conjetura. No había evidencias ni testimonios verídicos de los pobladores del lugar que pudieron sobrevivir milagrosamente —tan sólo unos pocos si los comparamos con los que murieron—, respecto de cómo apreciaron el desarrollo de los diversos sucesos que desencadenó el fenómeno.

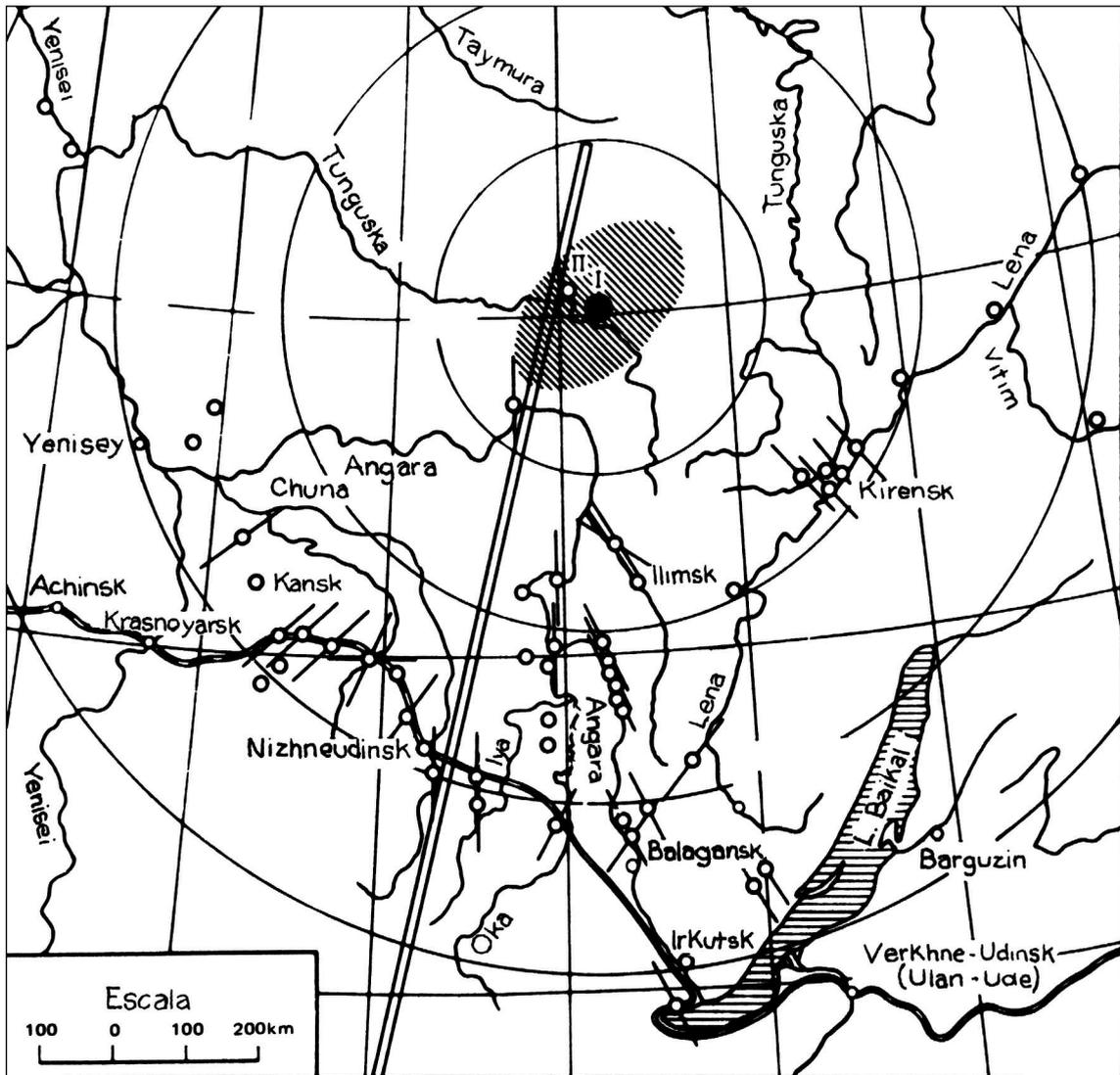
Los estudiosos se habían contentado con afirmar que, probablemente, un gigantesco meteorito, del que calcularon el tamaño (un millón de toneladas o, más exactamente, el peso aproximado que debe tener un asteroide pequeño), se había estrellado contra la Tierra provocando una serie de sismos, temblores, alteraciones en el comportamiento de la atmósfera y, por lo tanto, en la climatología.

Contrariamente a lo previsto, la expedición retornó con muy extrañas comprobaciones. Ante todo, nunca fue hallado el enorme cráter que, según deducían los científicos, era lógico que hubiese producido semejante cuerpo al chocar violentamente contra la Tierra a una velocidad que el geólogo Leonid Kulik determinó en más o menos doscientos mil kilómetros por hora. Esto pensaron inicialmente porque, como digo, ese supuesto cráter jamás fue descubierto.

De haber existido tendría que ser superior al que se encuentra en Arizona, Estados Unidos, y que se supone producido hace millones de años cuando un planetaide metálico se estrelló en esa zona de América del Norte, después de ser desviado de su órbita habitual alrededor del Sol por la fuerza gravitatoria terrestre.



En la región conocida como Cañón del Diablo, pleno desierto de Arizona, Estados Unidos, aparece este gigantesco cráter producto de una formidable colisión de un meteorito contra la superficie terrestre, sucedida hace millones de años. Cada vez que un cuerpo que por su tamaño al ingresar a la atmósfera terrestre no es totalmente consumido por las elevadas temperaturas que genera la fricción, hace impacto sobre la Tierra provocando un cráter de este tipo. En la Luna, frente a la inexistencia de atmósfera, son mucho más frecuentes. Mas en el fenómeno de Tunguska no aparece sitio de impacto alguno. Lo que fuere no llegó a golpear la superficie terrestre.



Mapa debido a A. V. Voznesensky (1925) que muestra en sombreado la ubicación del bosque destruido. Las líneas que atraviesan las localidades señalan la dirección desde la cual la "bola de fuego" fue observada por innumerables testigos. Para este autor, la ruta de vuelo del avión (señalada por la doble línea recta) era suroeste-nordeste.

El grupo de científicos que fue a Tunguska en 1927 llevó a Moscú, entre otros valiosos datos, algunas declaraciones ofrecidas por los ignorantes pobladores del lugar. Como veremos, esos informes no encajaban en ninguno de los supuestos preparados de antemano (y sin visitar la zona de la explosión) por los estudiosos.

Veamos algunas de las descripciones recogidas:

“Aquella tierra está maldita. Ni siquiera los hijos de nuestros hijos podrán olvidar lo que ocurrió. Una sacudida tremenda hizo nacer una nube en forma de árbol, que llegó hacia el cielo, y las cabelleras de aquel árbol continuaron creciendo, creciendo, emanando un insoportable resplandor blanco. Allá, donde esto ocurrió, el suelo se ha transformado en un desierto, los troncos han quedado secos, duros como la piedra misma, y ni siquiera una brizna de pasto creció. El dios Ogda descendió hasta aquí y ha quemado a nuestras gentes con un fuego invisible.”

“Graves y continuos males afectaron a nuestras gentes desde aquel día. Los que no murieron rápidamente, los que se creyeron salvos, comenzaron a enfermar: misteriosos males surgieron mucho tiempo después de aquello.”

“Llagas que se abrían y no curaban nunca.”

“Extrañas enfermedades nos invadieron. La fuerza de Ogda cayó sobre nosotros. Había quienes enfermaban sin que nada les viéramos, y morían en atroces sufrimientos.”

Relatos de gente que recuerda, con temor y desesperación, un día, un pasado cercano, donde lo terrible se desencadenó desde el cielo. Una clara alusión al hongo atómico.



Tunguska decenas de años despues del incidente: nieve y troncos secos que alguna vez fueron árboles jóvenes y lozanos todavía se mantienen altivos. A diez kilómetros a la redonda del epcentro de la explosión, los grandes árboles quedaron completamente calcinados. Como el estallido se produjo a cierta altitud –igual que ocurrió en Hiroshima y Nagasaki– los flancos de las colinas fueron los que exhibieron mayores daños.

Tampoco es necesario ser un gran experto para comprobar que las enfermedades de que nos están hablando los lugareños son las comunes en personas que sufrieron la exposición a cantidades demasiado elevadas de radiactividad, a índices tan extremos que el cuerpo sólo puede soportarlos durante un tiempo, y que provocan en él un daño irremisible. En la mayoría de los casos, y por los datos aportados, una de las enfermedades que se ha hecho más patente en esas personas es la *leucemia*. Pero no nos detengamos tan pronto. Oigamos lo que nos relatan las voces de los hijos que escucharon a sus padres narrar esta historia, o bien la palabra ya templada de los ancianos que recuerdan el suceso. Tengamos en cuenta que es muy importante fijarse en los hechos biológicos que tuvieron lugar después de la explosión. ¿Fueron los bebés normales? ¿Los cultivos permanecieron dando sus frutos o sufrieron alteraciones? ¿Qué sucedió con los tubérculos y demás vegetales cuyas partes comestibles se desarrollan habitualmente bajo tierra?

“En toda la región nos vimos afectados por sucesos nunca conocidos, jamás antes ocurridos. Nacieron niños con deformaciones, seres monstruosos que en la mayoría de los casos morían al poco tiempo de ver la luz. Desconsoladas, las madres lloraban sin cesar tras uno y otro parto de monstruos. Con los animales pasaba lo mismo: nacían de cinco patas o de dos. A veces eran seres con gigantescas cabezas y cuerpo reducido o inexistente. Asimismo los vegetales crecían hasta alcanzar formas repugnantes, especialmente aquellos que nacen bajo tierra.”

Kulik, quien se encargó de recorrer las adyacencias del epicentro del desastre buscando infructuosamente el cráter que debiera haber dejado el supuesto meteorito, anotó en su libro de viaje: *“Me dicen las gentes de la tribu nómada de los Evenks, sencillas y analfabetas, que en una aldea de la provincia de*

la Podkamennaya-Tunguska, unos mil quinientos renos sucumbieron a la vez. Creen estas gentes, al menos así me lo dicen, que se acerca el fin del mundo.”

En otro pasaje de su diario, Kulik indica que cuando visitó el lugar “*hacía tanto calor que aún parecía que la tierra iba a arder*”. Acotemos que habían pasado ya casi veinte años desde el día de la explosión, lo que nos brinda una noción suficientemente clara del intenso calor que debió haber generado.

“Vimos —dicen otros sobrevivientes— una luz que nos cegaba, al mismo tiempo que oíamos un ruido infernal.”

“Tuvimos que echarnos al suelo para que no nos devorara el soplo de fuego y muerte...” Hermosa metáfora para expresar la presencia de la onda expansiva de calor que destruía todo a su paso. Todo un símbolo utilizado por alguien que observó lo que sucedía pero que, al no tener elementos culturales para darle una explicación sensata, atribuyó el hecho a una naturaleza de orden divino. De ahí las continuas menciones al dios Ogda.

“Cualquier cosa de metal —agregan las declaraciones— que llevásemos en nuestras ropas se derretían hasta abrasarnos el cuerpo.”

Otros son más precisos en lo que respecta a las enfermedades, hasta ese momento desconocidas, que empezaron a producirse:

“Aquellos que habían visto de cerca la bola que ardía, sufrieron la caída de los cabellos y de los dientes.”

“Luego, fueron muriendo sin que supiéramos qué hacer para sanarlos.”

Está de más decir que tenemos aquí descripciones coherentes de lo que les suele suceder a todas aquellas personas que se exponen, sin las precauciones necesarias, a fuentes de intensa emanación radiactiva.



Leonid Kulik (1883/1942) fue quien consiguió descubrir –tras una larga y difícil travesía– el lugar exacto sobre el cual ocurrió la gran explosión. Kulik quiso demostrar que la causa había sido el impacto de un meteoro sobre la superficie terrestre. No consiguió hacerlo puesto que no hay sitio de impacto, ni cráter. Lo importante es que, por primera vez, pudo tenerse precisión en cual era el sitio de los hechos: cerca del río Tunguska (Podkamennaya) en Siberia Central.

¿Quién lo hubiera sospechado a principios de ese siglo?

En el momento de la explosión, un tren procedente de Irkutak llegaba a la estación del poblado de Khantaisk, a unos ochocientos kilómetros al norte de Tunguska. El maquinista y el fogonero del convoy cuentan haber observado en ese momento “*un cuerpo gigantesco, incandescente y ruidoso que caía desde el cielo, y una enorme nube hirviendo que sin cesar cambiaba de forma con epilépticas contorsiones, hasta que al fin se alzó desde el suelo a muchos metros de altura, extendiéndose por la estepa salvaje*”. ¿Qué significa esta declaración? ¿Qué era ese objeto que caía desde el cielo? Un meteorito no pudo ser, ya que tendría que haberse encontrado el cráter, pero éste no existe. ¿Acaso fue un vehículo interplanetario descendiendo a gran velocidad hacia la superficie terrestre? Esto ya es más factible. Los ojos asombrados de aquellos dos trabajadores de ferrocarril de principios de siglo no pudieron traducir de otra manera la escena que acababan de ver. No, el objeto no *caía*, sino que *descendía* a gran velocidad. También una cápsula Apolo (aquellas utilizadas en los viajes tripulados a la Luna) parece estar *cayendo* sobre el océano. Sin embargo, su descenso es controlado de manera precisa para preparar el aterrizaje, de manera que en un momento dado, se abren los paracaídas y el descenso es amortiguado.

Algo similar sucedió con este objeto que, en realidad, era el portador de la bomba. A gran velocidad se acercó hasta quedar a poca distancia de la superficie, y luego, en el lugar previamente elegido, arrojó su mortal carga.

Los límites de la explosión son muy difíciles de precisar. Todo está en íntima relación con el significado que queramos darle a la palabra límite. Ya dijimos que los sismógrafos saltaron en todo el planeta, que la perturbación resultó superlativa. También se puede asegurar que lo mismo sucedió

con las extrañas nubes luminosas que, llevadas por el viento, causaron un gran asombro en las principales metrópolis europeas. Tanto en Londres como en París, y por espacio de tres noches consecutivas a partir del día de la explosión, sus habitantes estuvieron en condiciones de leer el diario o de tomar fotografías sin el auxilio de medios artificiales. Así de intensa era la claridad provocada por las nubes compactas que se mantenían sobre casi toda Europa, convulsionando a todos los hombres de ciencia e inquietando a la gente común, que no llegaba a entender qué estaba sucediendo.

Recordemos que, habitualmente, las cenizas arrojadas hasta las altas capas atmosféricas por grandes erupciones volcánicas, son luego transportadas por los fuertes vientos que soplan en esas alturas, y así llegan hasta los lugares más remotos. Allí la gente contempla esas cenizas provenientes de un volcán situado a cientos o, quizá, miles de kilómetros de distancia, preguntándose qué son y de dónde vienen. Algo similar debió ocurrir con la explosión de Tunguska. Los vientos de la alta atmósfera transportaron a los gruesos nubarrones luminosos diseminándolos hacia el oeste, por lo que se situaron primero sobre Europa y después frente a las aguas del Atlántico, para más tarde ser disipados por los mismos agentes meteorológicos hasta que el extraordinario fenómeno luminoso desapareció en su totalidad.

Un científico ruso, que en el momento de los sucesos estaba trabajando en Liberia, escribió lo siguiente:

“El cielo se ha cubierto de una gruesa capa de nubes.”

“Llueve y al mismo tiempo hay una extraordinaria luminosidad, tanta que se puede leer. No debe haber Luna y las nubes están iluminadas por un resplandor amarillo-verdoso que a veces se torna sonrosado.”



*Ilva Potapovich (Liuchetkan), nativo de la región quien presenció la explosión.
Fue quien sirvió de guía a Kulik en su primera expedición de 1927
que le permitió llegar a la zona de la catástrofe.*